



## Última lamentación de Lord Byron

Poema

**Gaspar Núñez de Arce**

Sr. D. Rafael Calvo

Mi distinguido amigo: Se empeña V. en leer ante el público del teatro Español mi poema inédito La última lamentación de Lord Byron, y no puedo resistirme a sus instancias. En primer lugar, ¿para qué ocultarlo Porque me halaga la idea de oír mis pobres versos líricos en labios de un actor que, como usted, sabe llegar, con la magia irresistible de su palabra, a lo más hondo del corazón humano, y en segundo lugar, porque no cumpliría con mi deber negándole mi débil concurso para la empresa que con verdadero valor acomete, tan conveniente al desenvolvimiento de las letras patrias y a la cultura de las costumbres.

Merecedor sería V. de general aplauso si lograse, como pretende, aclimatar en España las lecturas públicas que en Inglaterra, en los Estados-Unidos, en Alemania, en Francia, en Italia, en todas las naciones donde las corrientes de la civilización no —6 se detienen ni estancan, han ensanchado los horizontes de la inteligencia, depurando el gusto de la multitud, ilustrándola, ennobleciéndola y familiarizándola con los nuevos ideales de la ciencia y de la literatura. Ninguno mejor que V., dotado por el cielo de tan relevantes cualidades artísticas, puede llevar a feliz término la obra fecunda a cuya realización aspira, y en este camino Italia ofrece a V. grandes ejemplos que imitar. Recuerde, entre otros, al célebre actor Módena, que llenó con su nombre la escena, el cual, haciendo resonar en todos los teatros de aquella nación, hermana de la nuestra, los cantos más patrióticos y viriles de sus poetas inmortales, contribuyó poderosamente a despertar la conciencia aletargada de su patria cuando más decaída y postrada parecía, y a infundirla el aliento que anima las robustas inspiraciones de Dante y de Hugo Fóscolo.

En lo único en que no está V. acertado es en escoger una producción mía para hacer el ensayo, porque me temo que la mala elección de V. esterilice, o, por lo menos, retrase el

éxito de su generosa tentativa. Aparte del escaso mérito intrínseco de mi poema, que V. de seguro exagera, es notorio inconveniente para la lectura la circunstancia de tratarse en él de un poeta extranjero, el cual, aun cuando sea conocido, porque los rayos de su gloria a todas partes han alcanzado, no es, sin embargo, —7 popular, y cuya atormentada vida tampoco puede excitar entre nosotros el mismo interés que en Inglaterra. Pero V. me da ejemplo de valor, arrojando estas dificultades, y me decido a correr en tan buena compañía el albur del intento. Únicamente le pido, en cambio de la docilidad con que accedo a sus deseos, que si por desdicha mía, el público, a quien no ciega para juzgar mis obras la amistad que V. me profesa de antiguo, es en esta ocasión más imparcial, y, por tanto, más severo, no se desanime V. por el mal éxito, ni abandone el proyecto que ha concebido, porque no es de corazones enteros desmayar a la primera contrariedad, ni se consigue en el mundo nada digno de ser celebrado, sino a costa de ímprobo trabajo y de incansable perseverancia.

Sabe V. que le quiere su buen amigo

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

20 de Enero de 1879.

- I -

Otra vez incansable peregrino,

ansioso de cruzar pueblos extraños,

vuelvo a emprender el áspero camino

que seguí errante en mis primeros años.

Al duro peso del dolor me inclino,

póstranme fatigosos desengaños;

pero arrastrado a mi pesar me siento

como las hojas secas por el viento1.

- II -

Huérfano y solo abandoné mis lares,

marcando el rumbo hacia remotos climas,

surqué a mi antojo procelosos mares

y hollé la nieve de empinadas cimas.

Mas do quiera la hiel de mis pesares

vertí en acerbas y sonoras rimas;

por todas partes implacable y frío

fue detrás de mis pasos el hastío.

- III -

¿Por qué, por qué desde mi abril temprano

molesto huésped a mi hogar se sienta,

la copa del placer rompe en mi mano

y hasta en los brazos del amor me afrenta

¡Ay! ¿Quién pregunta al férvido océano

por qué ruje o se aplaca la tormenta

¿Cómo el profundo mar, no tiene el alma

terribles horas de angustiosa calma

—11

- IV -

Más terribles quizá, porque es más grande,

y en su furor satánico no tiene

ley que la rija, halago que la ablande,

ni costa que sus ímpetus refrene.

Ya brusca y pavorosa se desmande,

ya sus olas indómitas serene,

la causa a que obedece queda oscura.

-¿Es el poder del genio ¿Es la locura

- V -

¡El genio! ¡La locura!... ¿Quién decide

tan difícil cuestión ¿Quién fija y nombra

la línea imperceptible en que coincide

la clara luz con la nocturna sombra

¿Dónde está nuestro juicio ¿Quién le mide

¡Con frecuencia el azar! ¿Y a quién no asombra

ver que la humanidad cobarde o ciega,

al éxito se rinde y se doblega

—12

- VI -

Pirámides de cráneos contra el cielo

levanta Tamerlán una tras una;

oprime el Asia sin temor ni duelo

y es grande, y la lisonja le importuna.

Locos son Catilina y Massanielo

porque les fue contraria la fortuna,

que la suerte quizás no merecida,

es genio, y es demencia la caída.

- VII -

Mas ¡ay! ¿qué valen mis cansadas quejas

Con mis vanos lamentos ¿qué consigo

Viejo es el mundo, sus desdichas viejas,

y en sus crímenes lleva su castigo.

Nunca, tedio mortal, nunca me dejas,

donde quiera que voy tú vas conmigo,

y no sé resistir cuando me envías

noches sin sueño y fatigosos días.

—13

- VIII -

¡Días de horrible laxitud! El cielo

trasparente y azul me causa enojos,

cubre la tierra insoportable velo

y el llanto nubla sin razón mis ojos.

Como un sepulcro el corazón de hielo

guarda de mi entusiasmo los despojos

y están en esas horas de bonanza,

mudo el deseo y muda la esperanza.

- IX -

No acierto a comprender qué afinidades

hay entre el mar y el pensamiento humano,

entre esas dos augustas majestades

que el abismo contienen y el arcano.

Hondas borrascas, sordas tempestades

conmueven la razón y el océano:

sólo que ruje el mar cuando batalla

y el pensamiento en sus tormentas calla.

—14

- X -

¡Venga la tempestad! Cuando resuena

su fragorosa voz, y estalla el rayo,

y el huracán encrespa su melena,

sacude el alma su mortal desmayo.

Entre el horror de la sublime escena

aliento, gozo, a mi placer me explayo.

Después... vuelve la calma abrumadora

y el tedio de la vida me devora.

- XI -

Partí de cara al sol. No sé qué extraña

y misteriosa fuerza me impelía

a esas regiones fértiles que baña

la fecundante luz del Mediodía.

Italia, Grecia, Portugal y España,

pueblos gigantes cuando Dios quería

y hoy sombra nada más de lo que fueron,

con sus muertas grandezas me atraieron.

—15

- XII -

Descendí por la rápida pendiente

de los agrestes Alpes, que, vecinos

al sol, elevan su nevada frente

orlada a trechos de silvestres pinos:

salvando ya el abismo, ya el torrente,

ya el traidor ventisquero, por caminos

que abrió el barreno en la montaña dura,

bajé de Italia a la feraz llanura.

- XIII -

¡Con qué consolador recogimiento

yo, pobre y olvidado vagabundo

sin hogar y sin lazos como el viento,

miré a mis plantas el vergel del mundo!

Europa en vergonzoso enervamiento

yacía entonces y en sopor profundo,

cual gladiador que tras penosa brega

sus recios miembros al descanso entrega.

—16

- XIV -

¡Oh, bien me acuerdo! Reposaba todo,

y recogía atónita la historia

la sangre con las lágrimas, el lodo

con la virtud, la infamia con la gloria.

Era pasado el trágico periodo

que vivirá del tiempo en la memoria,

en que acosada el águila del Sena

cayó, para no alzarse, en Santa Elena.

- XV -

¡La guerra enmudeció! Sólo el tirano

que en los arduos empeños de su vida

supo ser, con aliento soberano,

en todo grande, excepto en la caída,

se revolvió en el peñón lejano

con ruda y formidable sacudida:

el mar encadenaba su egoísmo

y era un abismo en medio de otro abismo.

—17

- XVI -

Mas ¡ay! ¿Por qué fatalidad que aterra,

por qué inconstancia de la suerte impía

al hundirse el azote de la tierra

más feroz despertó la tiranía

Cuando cambió la asoladora guerra

los destinos humanos en un día,

la presa que las águilas soltaron

mil carnívoros buitres devoraron.

- XVII -

No fue ya el despotismo del coloso

que, como río de encendida lava,

al avanzar rugiente y proceloso

con sus olas de fuego deslumbraba.

El fanatismo fue torpe y mañoso

que los cimientos de la fe socaba;

fue el miedo suspicaz, el más inmundo

de los tiranos que soporta el mundo.

—18

- XVIII -

No vistió nunca el militar arreo,

y fue, al moverse entre la sombra oscura,

su casco de batalla el solideo

y el monástico sayo su armadura.

Incansable y voraz como el deseo,

mortal como la lenta calentura,

blandió contra la tierra amedrentada

más la cruz que la punta de su espada<sup>2</sup>.

- XIX -

Si es ley que la revuelta muchedumbre

el yugo sufra de atrevida mano,

que la enaltezca al menos y deslumbre

con sus épicas glorias el tirano:

y ya que con forzada servidumbre

pague sus culpas el linaje humano,

el brazo vigoroso que le venza

infúndale terror, y no vergüenza.

—19

- XX -

En el nombre de Dios la heroica España

que al mundo despertó de su letargo,

como premio debido a tanta hazaña

sufre martirio ignominioso y largo.

De la propia opresión y de la extraña

coge Italia infeliz el fruto amargo,

y cual botín en manos de bandidos

ve sus hermosos campos repartidos.

- XXI -

En el nombre de Dios los calabozos

abren sus anchas fauces, nunca llenas,

donde sólo responde a los sollozos

del desdichado, el son de sus cadenas;

en el nombre de Dios viejos y mozos

en extranjero hogar lloran sus penas;

en el nombre de Dios fiero cuchilla

cercena la cerviz que no se humilla.

—20

- XXII -

¡Todo en nombre de Dios! ¡Blasfemia horrenda!

Yo sé que para el Dios de mis mayores

el humo del incienso es grata ofrenda,

no de la hirviente sangre los vapores.

Iris de santa paz en la contienda,

sé que extiende sus brazos redentores

para estrecharnos con amor profundo,

¡ay!, pero no para oprimir el mundo.

- XXIII -

Te han calumniado ¡oh Dios! Tú oyes el grito

del corazón doliente y consternado,

tienes misericordia y no has proscrito

la augusta libertad. ¡Te han calumniado!

Si la insaciable sed a lo infinito

que aguija mi razón es un pecado,

si únicamente para el mal existe,

responsable no soy. ¡Tú me la diste!

—21

- XXIV -

No puede ser que viva el pensamiento

dentro de mí como enjaulada fiera;

sólo para alumbrar nuestro tormento

la antorcha del espíritu no ardiera.

La fe que busco, la inquietud que siento,

el negro abismo, la insondable esfera,

lo invisible, lo incógnito, lo arcano

todo está abierto al pensamiento humano.

- XXV -

Si congojoso afán le ofusca y ciega

y alguna vez quizás, cuando le asombra

la oscura soledad por do navega,

no te ve, no te siente, no te nombra;

si en su aflicción te niega, ¿quién te niega

Un átomo, la sombra de una sombra

en la inmutable eternidad perdida:

menos que sombra; ¡el sueño de una vida!

—22

- XXVI -

¡Desgraciada del alma que sin tino

en alas del error su vuelo encumbra,

y abandonada y sola en su camino

niega la misma luz que le deslumbra;

que ve a lo lejos el fulgor divino

y no acierta a salir de la penumbra,

que avanza, confundida a cada instante,

siempre desesperada y siempre errante!

- XXVII -

¡Ay! He dudado, dudo todavía;

pero nunca de ti. Si te ocultaras,

mi ardiente convicción te encontraría.

Pueden turbas frenéticas o ignaras

renegar de Jesús y de María,

quemar sus templos, profanar sus aras,

puede en horas de espanto y desconsuelo

como el Olimpo desplomarse el cielo.

—23

- XXVIII -

Pueden, cual otras antes, nuestras vivas

creencias sepultarse en el vacío,

pues no porque las ondas fugitivas

vayan al mar, desaparece el río.

Pueden transformaciones sucesivas

cambiar la faz del mundo a su albedrío:

tú siempre flotarás con tus eternas

leyes, sobre los orbes que gobiernas.

- XXIX -

Si chocaran, haciéndose pedazos,

los astros con horrible desconcierto;

si rotos ¡ay!, de la atracción los lazos

se desquiciara el universo muerto;

si quedara al impulso de tus brazos

el espacio sin fin mudo y desierto,

y el tiempo con sus noches y sus días

dejara de existir, tú existirías.

—24

- XXX -

Mas ¿a qué esfera mi incesante anhelo

me arrebató y transporta A pesar mío

por la excelsa región remonto el vuelo,

subiendo en pos de la verdad que ansío.

Pero el dolor que me sujeta al suelo

fuérame a descender trémulo y frío,

cual ave que aletea inquieta y viva

dentro de la prisión que la cautiva.

- XXXI -

¡Torno a la triste realidad! ¿Y a dónde

podré volver mi tétrica mirada,

sin que me aflija la abyección que esconde

nuestra mezquina y lóbrega morada

Cuanto más sufra, cuanto más ahonde,

cuanto más baje el alma infortunada,

tanto mayor le mostrará la tierra

el abismo sin término que encierra.

—25

- XXXII -

¡Ay! ¡Yo le he visto con horror! Yo mismo

de incertidumbre y de terrores lleno,

voy rodando hacia el fondo de ese abismo

do se amasa con lágrimas el cieno.

La infamia, la traición y el egoísmo

me han brindado su cáliz de veneno,

y he sentido, al beber su última gota,

rota mi lira y mi existencia rota.

- XXXIII -

¡Patria! ¡Risueño hogar! ¡Caliente nido

que nunca más veré! Turbado y mudo

de vosotros llorando me despido,

y con adiós patético os saludo.

¿En dónde está la fuente del olvido

para agotarla toda En vano acudo

a mi flaco valor y lucho en vano

contigo. ¡Oh mi recuerdo! ¡Oh mi tirano!3

—26

- XXXIV -

¿Quién del fondo del alma te desecha

Como el águila soy que lleva hundida

en su ala enorme la traidora flecha,

y va sangrando siempre de su herida.

Desalentada, atónita y maltrecha

por la ancha inmensidad vuela perdida,

hasta que encuentra, al desplomarse inerte,

en abrupto peñón oscura muerte.

- XXXV -

¡Yo también moriré!... ¿Dónde ¡Quién sabe!

Desesperado y con mi herida abierta

pudiera hallar mi tumba, como el ave,

quizás en roca estéril y desierta.

No habrá, do quiera que el pesar me acabe,

quien, abrazado a mí, lágrimas vierta,

ni quien cierre mis ojos y recoja

mi último beso, mi postrer congoja.

—27

- XXXVI -

¡Olas del mar que con la frágil quilla

de mi libre bajel rompo y quebranto,

corred, llegad a la britana orilla

crecidas y amargadas con mi llanto.

Y allí, do triste y silencioso brilla

mi abandonado hogar, si alcanzáis tanto,

decid, junto a la lumbre, al ángel mío,

que estoy muriendo de cansancio y frío!

- XXXVII -

¡Frío del corazón que hasta mis huesos

penetra y por mis venas se derrama,

y agolpa a mi memoria los sucesos

de mi vida, en confuso panorama!

Sólo el calor de tus amantes besos,

no los pálidos rayos de la fama,

pudieran dar al alma entumecida

de tu padre infeliz, aliento y vida.

—28

- XXXVIII -

¡Pero jamás tu sonrosada boca

en mí se posará! ¡Nunca el abrigo

de tus brazos tendré! Sufrir me toca

errante y resignado mi castigo.

¡Oh! Si no tienes corazón de roca,

cuando se cebe la opinión conmigo

y escarnecido mi recuerdo veas,

compadéceme, y gime, y no la creas<sup>4</sup>.

- XXXIX -

Acaso te dirá que ingrato y duro

abandoné la cuna en que dormías,

que no tuve piedad, que fui perjuro

y me encenago en crápulas y orgías.

Te engaña; no la creas. ¡Te lo juro

por mí, por ti, por los fugaces días

de amor y calma que gocé a tu lado!

Pude imprudente ser, mas no culpado.

—29

- XL -

¡Llora pensando en mí! Justo es que llores,

pues mientras dure de mi vida el hilo,

iré siempre a merced de mis dolores

sin paz, sin esperanza y sin asilo.

Mas basta ya de inútiles clamores:

surca, velera nave, el mar tranquilo,

que ya ilumina el sol de la mañana

la cima del Pentélico, cercana.

- XLI -

Al través de los diáfanos celajes

con que aparece la rosada aurora,

ante mí se despliegan los paisajes

que la naciente luz inunda y dora.

¿Serás término y fin de mis viajes

desolada región Dame en buen hora,

si el cielo quiere que por ti sucumba,

a la sombra de un sauce, humilde tumba:

—30

- XLII -

O a la orilla del mar, fuera del paso

de los mortales, donde apenas haya

señal de vida, y con rumor escaso

las olas se adormezcan en la playa.

Sepúltame de cara hacia el Ocaso,

para que cuando el sol a hundirse vaya

en las costas de Albión, lejos, muy lejos,

me alumbre con sus últimos reflejos.

- XLIII -

¡Ay! Esa luz incierta y fugitiva,

cuando a la tarde sobre mí se abata,

será como un recuerdo que reciba

de mi patria orgullosa y siempre ingrata<sup>5</sup>.

Mas ¿quién piensa en morir Grecia cautiva

hoy de su férreo yugo se desata,

y mientras libre y próspera no sea,

morir es desertar de la pelea.

- XLIV -

¡Grecia, Grecia inmortal! ¡Madre amorosa

de héroes y genios! ¡Sosegada fuente

de rica inspiración! ¡Fecunda esposa

del arte! ¡Eterna luz de nuestra mente!

¡Con qué ansiedad tan íntima y piadosa

por vez primera respiré tu ambiente!

Y al escuchar el son de tus cadenas,

¡con cuánta indignación lloré en Atenas!

- XLV -

Yo recorrí tus campos, tus sombríos

bosques y tus poéticas colinas;

templé mi sed en tus sagrados ríos

y me bañé en sus ondas cristalinas.

Entregado a mis vanos desvaríos

con mudo asombro contemplé tus ruinas,

iluminadas por el cielo heleno

de música, y color, y aromas lleno.

—32

- XLVI -

¡Cuál se destacan los contornos puros

del templo secular! La verde hiedra

trepando inquieta por los altos muros,

en la hendida pared arraiga y medra.

Mueve el aire sus vástagos oscuros,

colora el sol la ennegrecida piedra,

y parece que inmóvil en la cima

el moribundo Partenón se anima.

- XLVII -

Allí sesteaba el balador ganado,

paciendo en calma la reseca hierba

que crece al pie del templo consagrado

a las fecundas artes de Minerva.

El pastor perezoso y descuidado,

a quien el sol canicular enerva,

duerme tranquilo en la agostada alfombra

del mutilado pórtico a la sombra.

—33

- XLVIII -

Tranquilo duerme o vaga sin objeto

al compás de los cantos que improvisa,

que en el lejano término divisa.

Él, de una raza de gigantes nieto,

su heroica tierra indiferente pisa,

y no guarda indolente en su memoria

ni el propio origen, ni la patria gloria.

- XLIX -

Mas la conserva el mundo. En vano, en vano

celosos de tus ínclitas empresas

el tiempo adusto y el rencor humano

redujeron tus templos a pavesas.

En vano ¡oh Grecia! La implacable mano

de tu opresor envilecida besas:

tan excelso renombre conseguiste

que a la edad y a tu infamia se resiste.

—34

- L -

¡Y nunca morirá! Puede la lumbre

extinguirse en tu claro firmamento;

puede rodar la inmensa muchedumbre

de tus dioses, postrada y sin aliento.

Pero los ecos de la enhiesta cumbre,

los rumores del bosque, el mar y el viento,

repiten cadenciosos los gemidos

de tus dioses olímpicos vencidos.

- LI -

Vencidos, mas no muertos. ¿Hay alguno

que no viva en el mundo de la idea

En él fulgura Apolo, alienta Juno,

duerme en su concha Venus citerea,

en su carro marino el dios Neptuno

por el undoso piélago pasea,

Júpiter vibra el rayo ignipotente

y orla Baco de pámpanos su frente.

—35

- LII -

Aún ciñendo su rústica guirnalda

turban nuestra memoria tus bacantes,

con el cabello suelto por la espalda

y los desnudos pechos palpitantes;

aún vagan en silencio por la falda

del sacro Pindo, que animaron antes,

tristes las Musas, pero siempre hermosas,

coronadas de lauro, y mirto, y rosas.

- LIII -

La rabia en los mortales corazones

de tus negras Euménides aún dura;

aún surcan tus nereidas y tritones

del hondo mar la líquida llanura;

aún se perciben los alegres sonos

de la flauta de Pan en la espesura,

cuando ensalza y endiosa la grandeza

de la amante y feraz Naturaleza.

—36

- LIV -

La luminosa huella de tu paso

es estela que nunca se ha extinguido,

y conservas tu fama, como el vaso

guarda el aroma del licor vertido.

Se alza Homero en la cumbre del Parnaso

resistiéndose al tiempo y al olvido,

y de tus ricas artes los despojos

encanto son del alma y de los ojos.

- LV -

Labra el mármol con mano ejercitada

Fidias, infúndele su fuego interno

y da a la humanidad maravillada

de la eterna belleza el molde eterno.

La piedra por el genio fecundada

palpita a impulsos del amor materno,

y surge de su entraña endurecida

la estatua llena de reposo y vida.

—37

- LVI -

La ardiente inspiración del viejo Esquilo,

sorprendiendo el dolor de Prometeo,

revela al mundo en prodigioso estilo

las perdurables ansias del deseo.

Jove impasible, pero no tranquilo

oye el rugir del indomable reo,

que encadenado a la escarpada roca

con renaciente furia le provoca.

- LVII -

¡No, no te asuste lo futuro ignoto,

comarca infortunada! Aunque tus días

cortase de improviso el terremoto

y te tragara el mar, no morirías.

Bastaran una estrofa, el dorso roto

de una estatua, un frontón, cenizas frías

de tu pasado, para no olvidarte.

¡Oh cuna de los dioses y del arte!

—38

- LVIII -

¡Con cuán amarga indignación, con cuánto

dolor, presa de un déspota contemplo

tanta belleza incomparable, y tanto

recuerdo augusto a la virtud ejemplo!

Todo me inspira lástima y espanto:

el arco hendido, el derribado templo,

la columna volcada entre la hierba,

tus hijos degradados y tú sierva.

- LIX -

¿Y ha de vivir en abyección profunda

siglos y siglos, tu escogida raza

No: ponte en pie, revuélvete iracunda,

el fuerte escudo minervino abraza:

para romper tu bárbara coyunda,

de Hércules toma la pujante maza,

acostumbrada en sus fornidas manos,

a rendir monstruos y a domar tiranos.

—39

- LX -

Lanzas te den tus bosques, tus cadenas

hierro para luchar, las tempestades

su furor, y el recuerdo de tus penas

odio mortal para que no te apiades.

Convierte tus peñascos en almenas,

tus campos tala, incendia tus ciudades,

y si ser grande y respetada quieres

de ti, no más, la salvación esperes.

- LXI -

Recuerda, ¡oh Grecia! Los antiguos hechos

de tus hijos magnánimos y bravos,

y reconquista sola tus derechos

sin fiar en latinos ni en esclavos.

Cubra la cota bélica tus pechos

cansados ya de amamantar esclavos,

y el rayo destructor tu diestra vibre,

que quien sabe morir, sabe ser libre.

—40

- LXII -

Así entendieron el valor, tus bellas

y nobles hijas en la infausta rota

con que probar quisieron las estrellas

la fe de un pueblo enérgico y patriota.

Cuando madres, esposas y doncellas,

siguiendo en pos de la legión-suliotá,

vieron, con sed inútil de venganza,

de sus deudos la bárbara matanza.

- LXIII -

El implacable Alí, de rabia ciego

y ansioso de vengar viejos reveses,

cayó de pronto sobre el campo griego

como la tempestad sobre las mieses.

Y entró con furia tal a sangre y fuego,

azuzando a sus rudos albaneses,

que cuando a la salida se previno

le cerraban los muertos el camino.

—41

- LXIV -

Con mudo afán y punzadora pena,

multitud de mujeres contemplaba

el brutal frenesí de aquella hiena,

desde una roca inaccesible y brava.

De acerbo llanto silenciosa vena

sus lívidos semblantes inundaba,

y ante aquel espectáculo sangriento

ni un suspiro exhalaban ni un lamento.

- LXV -

¡Cuán mortalmente a todas de rechazo

el bronco golpe del cañón hería!

Que era el combate decisivo, el plazo

funesto, interminable la agonía.

Sólo el cándido niño en el regazo

maternal, inocente sonreía,

sin comprender su desventura horrenda

y ajeno, el triste, a la feroz contienda.

—42

- LXVI -

Firmes como granítica muralla,

de sangre, y polvo, y de sudor cubiertos,

los griegos esperaron la metralla

de su trágico fin ni un punto inciertos.

Pudo el turco en el campo de batalla

contar a los vencidos por los muertos,

que Alí no dio cuartel, ni hubo suliota

capaz de resignarse a su derrota.

- LXVII -

De pie sobre la ingente cortadura

del agrio monte en cuyo fondo mismo,

espumoso torrente de agua oscura,

la grandeza aumentaba del abismo,

madres, hijas y esposas sin ventura,

del terror en el fiero paroxismo,

veían con atónita mirada

el término fatal de la jornada.

- LXVIII -

¡Todo acabó! Desgarrador lamento

que el eco repitió de cumbre en cumbre,

brotó, en la angustia del postrer momento,

de aquella estupefacta muchedumbre.

Trastornada, convulsa, sin aliento,

prefiriendo a la torpe servidumbre

la palma del martirio victoriosa,

y a las infamias del harén, la fosa,

- LXIX -

cual si cediese a inspiración secreta

o a ley divina, en su furor creciente

abanzose hacia la enorme grieta

que daba paso al bramador torrente.

Todo, todo yacía en paz completa:

la tierra muda, el cielo indiferente,

el viento adormecido, el mar en calma...

¡Qué sola está cuando padece el alma!

—44

- LXX -

¡Ay! -Con acento entrecortado y hondo-

clamó una madre, de ósculos cubriendo

al hijo de su amor: -¡ Yo te respondo

de que libre serás!- Y esto diciendo,

despeñó al niño, que rodó hasta el fondo

del voraz antro con medroso estruendo,

y sonó un grito de ansiedad suprema

que era a la vez gemido y anatema.

- LXXI -

Y todas ¡ay!, en su dolor profundo,

descompuesta la faz, con el cabello

erizado, y la rabia, cual inmundo

reptil, ceñida y enroscada al cuello;

de la vida olvidadas y del mundo,

y extinto en ellas el postrer destello

de la fe que a los míseros anima,

dieron sus hijos a la hambrienta sima.

—45

- LXXII -

¡Una sola faltó! De la hendidura

que abrió un arroyo en la caliza roca,

y donde acaso en su mortal pavura

buscó refugio atribulada y loca,

sobre hermosa y dormida criatura

apretada la faz, boca con boca,

y de amarilla palidez cubierta,

no se movió una madre. ¡Estaba muerta!

- LXXIII -

Ya consumado el duro sacrificio,

todas en rueda y de la mano asidas,

al borde del ríscoso precipicio

giraron por el vértigo impelidas.

Al compás de su lúgubre ejercicio

iba el abismo devorando vidas,

y sacando sus víctimas la suerte

de aquella horrible danza de la muerte.

—46

- LXXIV -

Eran principio y fin de su camino

la fiebre arriba y el sepulcro abajo,

y una tras otra en raudo remolino

fueron cayendo en el inmenso tajo7.

¡Confunda Dios al déspota asesino

que a tan sangrienta extremidad las trajo,

y dele, como premio a sus hazañas,

hijos sin fe, y esposa sin entrañas!

- LXXV -

Pero es forzoso que mi canto acabe.

Ya llegamos al puerto: ya sumisa

da fondo en él la afortunada nave,

columpiándose al soplo de la brisa.

Ya recoge sus alas como el ave

que al nido llega, y con ingenua risa

saluda el marinero enternecido,

como el ave también, su patrio nido.

—47

- LXXVI -

¡Feliz mil veces él! ¡Cuán placentera

con blando afán, en la cercana orilla

le aguardará quizás su compañera,

inocente como él, como él sencilla!...

¡Ay! ¿Quién me espera a mí... ¡Grecia me espera!

Doblo ante su infortunio mi rodilla,

y mientras llore opresa y desgarrada,

lira, ¡déjame en paz!... ¡Venga una espada!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

